

862
110

REPARTO

PERSONAJES

LAURA Nieves Suárez.
MARGARITA María Palou.
CLARA (1) Anita Martos.
EMMA Julia Pacello.
AMELIA Carmen Muñoz.
LA DIRECTORA Amalia Sánchez de Ariño.
MATILDE María Tamames.
SOFÍA Encarnación Díaz.
EVA Ramona Nieto.
JULIA Elisa Ruiz.
LA SEÑORITA JUANA Pilar Castejón.
LA SEÑORA MARTÍN María Millanés.
MAGDALENA Niña Meléndez.
LUISA Niña Gil.
EDUARDO Luis Martínez Tovar.
PEDRO José Capilla.
EL SEÑOR VIEL Federico González.
FERNANDO Antonio Suárez.
ANDRÉS Emilio Santiago.
LEONARDO Teófilo Palou.

Criadas, alumnos y alumnas, etc.

La acción en Ginebra. Epoca actual.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

(1) La señorita Martos dió a este papel acento extranjero, obteniendo un justísimo éxito personal y realzando el efecto de la comedia. Las actrices que lo interpreten pueden seguir la feliz iniciativa de la señorita Martos.



ACTO PRIMERO

En la pensión "pour jeunes filles" de la señorita Blanchet. Un "hall", separado del jardín por una gran puerta vidriera, al fondo. Puerta pequeña a la derecha y escalera a la izquierda, en primer término, que comunica con las habitaciones interiores. Es por la tarde; hay sol en el jardín y cantan las niñas. La clase de costura ha concluido y una criada recoge en el "hall" las almohadillas, bastidores y costureros que las alumnas dejaron dispersos. Otra criada concluye de poner la mesa, donde tomarán el te ocho personas. LAURA muestra sigilosamente a EMMA, en primer término, un papel que guarda después en el bolsillo de su blusa; y mientras ellas hablan, las criadas, a medida que concluyen sus tareas, salen.

LAURA Qué versos más bonitos, ¿eh?... Convidan a soñar... Como que son de Musset, hija, nada menos.

EMMA Lo que yo me pregunto es quién te los habrá dado; porque lo que es aquí...

LAURA Mucho tendrían que vigilar para que a mí me faltaran versos; es lo mismo que si la directora se empeñara en vigilarme para que no respirara... Me los ha copiado un alumno del señor Viel... Fernando.

EMMA Y te los dió en el último baile.

LAURA Sí. ¡Mira que llamar bailes a unas reuniones tan sosas... y con unos muchachos tan insubstanciales!...

EMMA Pues, ¿qué querías?

- LAURA ¿Por qué no bailó Eduardo, el marido de Margarita?
- EMMA Eso no se ha visto nunca. Si Eduardo fuera alumno del señor Viel...
- LAURA Ya; para nosotras no hay más hombres que los alumnos de ese señor tan ridículo. ¡Me críspa los nervios tanta hipocresía! ¿No dicen que como a hija de millonarios nos dan una educación especial, un poco mundana? Pues que nos lleven a bailes de verdad y al Kursaal a ver las bailarinas; para acostumbrarnos.
- EMMA Eres atroz de exagerada... Calla, que ahí viene Pedro, el jardinero.
- LAURA Pedro es de los míos. ¡Qué bueno es el pobre! Está tan viejo que ya parece un niño. Es lo que más quiero de la pensión.
- EMMA ¿Más que a mí?
- LAURA He dicho de hombres.
- EMMA ¡Pero si es el único!
- LAURA (Sin oírlo; yendo hacia la puerta del fondo por donde entra Pedro.) Aquí lo tenemos... Pedro, pase usted.
- PEDRO Buenas tardes, señoritas. Son las flores.
- LAURA Son pocas flores, señor Pedro.
- EMMA Yo creo que serán suficientes; unas poquititas hacen mejor.
- LAURA Hija, tú eres la discreción y la media tinta en persona. ¿Estamos en mayo? Pues flores, muchas flores... Y lo dicho, señor Pedro, estas son pocas. No sea usted avaro.
- PEDRO No es culpa mía, señorita Emma; la directora me dijo...
- LAURA Yo soy la señorita Laura. Ahora resulta que no me conoce.
- PEDRO Como ya veo tan poco y como todas ustedes me parecen iguales de hermosas... y perdonen las señoritas...
- LAURA ¡Y qué hemos de perdonar!... ¡Si usted

- que es el único hombre de la casa no nos celebra!...
- EMMA ¡Laura, hija!
- LAURA Sí, es la verdad... (A Pedro.) Pero oiga usted, señor jardinero; a las mujeres, en caso de que no se distinga de colores,—pues sepa usted que yo soy morena y que Emma es rubia como el oro,—se las conoce, se las siente por la voz...
- EMMA ¡Qué exigente eres! ¡Qué ha de sentirnos Pedro!
- PEDRO Yo lo que hago es tomarlas a todas por alondras y ruiseñores... ¡Cuánto agradezco a la señora directora que me haya empleado aquí!
- LAURA ¿Está usted muy contento en la pensión?
- PEDRO No pude soñar mejor empleo para mi vejez. (Emma y Laura han comenzado a ordenar las flores sobre la mesa.)
- LAURA ¿Cuántos años tiene usted, Pedro?... No vaya a quitarse edad, como hacen algunas... y yo misma.
- PEDRO (Sonriente.) Ochenta, señorita... A esa edad ya no vale la pena de quitarse años; siempre quedarían muchos.
- LAURA ¡Ochenta! Pues representa usted todo lo más sesenta... ¡Es usted un muchacho!
- EMMA ¿Y no sufre usted del reuma? ¿No se acatarró usted en el jardín?
- PEDRO Cuando se ha sido guía en los Alpes durante cincuenta años y se ha estado a punto muchas veces de morir en la nieve, la frescura y la humedad del jardín son como caricias.
- LAURA ¡Cincuenta años de guía en los Alpes! ¡Hay que ver! ¡Cuántos espectáculos bellos y cuántas tragedias habrán visto esos ojos que ahora no distinguen una rubia de una morena!
- PEDRO Sí que he visto algunos, señorita...

- LAURA (Enfática.) ¿Y ese corazón? ¡Las veces que habrá cesado de latir por un instante! Señor Pedro, cuando se ha tenido la vida de usted llena de grandezas, de emociones; cuando se ha vivido en las cumbres sobre las nieves perpetuas y...
- EMMA (Interrumpiéndola.) Eres tremenda, Laura... Si no te atajo también tú llegas a la cumbre de la elocuencia y atraes con tus gritos a la directora.
- LAURA ¡Que venga! Aquí quisiera verla yo para decirle: «¿Cómo se le ha ocurrido a usted traer a este héroe, a este oso blanco, a cuidar de sus manzanos y a sacudir los pulgones de sus rosales?»
- PEDRO Señorita... ¿Qué quería usted que hiciera yo a mi edad?
- EMMA Claro.
- LAURA ¡Qué sé yo! Morir en su puesto; que ese pelo blanco y esas barbas blancas no tuvieran una mortaja de tierra, sino de nieve... A tal señor tal honor.
- EMMA Loca... loca.
- LAURA Equilibrada, sensata, burguesa...
- PEDRO ¡Qué gracia tiene la señorita Laura! Se parece a una señorita italiana...
- LAURA Sí, venga la anécdota... Yo también soy de Italia, señor Pedro; he nacido en Milán... Mi padre es Martini, el célebre pianista.
- EMMA ¿Qué le cuentas a Pedro? ¿Qué puede él saber?...
- LAURA No gano para sermones tuyos, hija... (A Pedro.) Bueno, ¿qué le pasó a esa señorita italiana?
- PEDRO A esa señorita la acompañé yo al Mont Blanc con dos caballeros y dos señoras más... Era como usted; tenía una voz de pájaro. Siempre que la oigo a usted me acuerdo de ella... Tenía el pelo negro, los ojos negros y la boca... ¿Ven ustedes esas rosas rojas? Pues así.

- LAURA Cómo retrata, ¿eh?
- PEDRO La señorita italiana hablaba con uno de los caballeros que le ofrecía el brazo para ayudarla en los momentos peligrosos. Pero había otra de las señoritas que cada vez que veía eso se ponía pálida y miraba a la del pelo negro de un modo... Yo tenía entonces cuarenta años y entendía de eso... Además, oí ciertas palabras... La señorita de los ojos negros estaba enamorada del caballero que... Ven si viene la directora.
- LAURA No.
- EMMA No.
- LAURA Síga usted.
- PEDRO ¡el caballero era el marido de la señora pálida.
- EMMA ¡Ah!
- LAURA ¡Qué interesante! ¿Y qué ocurrió?
- PEDRO Ocurrió, señoritas, algo terrible. En un paso difícil... Pero yo no sé si debo contarles estas cosas.
- LAURA (Apasionada.) Sí, sí. Concluya usted.
- EMMA Tiene razón Pedro.
- LAURA No le haga caso, siga, siga...
- PEDRO Se dijo que en un paso difícil la señora pálida había perdido pie y fué a caer para siempre al precipicio.
- EMMA ¡Oh!
- PEDRO No perdió pie, que yo bien lo ví... La señorita de los ojos negros la había empujado...
- EMMA ¡Un crimen, Dios mío!
- LAURA ¡Un crimen por amor! Eso es terrible y... hermoso, Emma.
- EMMA ¡Laura!
- PEDRO Yo bien la ví, que fué despacito, por detrás, a traición, y... Aun me parece oír el grito de la otra y ver sus brazos abiertos al caer.

- EMMA ¿Y usted qué hizo? Porque fué un asesinato indigno.
- PEDRO Yo...
- LAURA ¡Qué sabemos si fué un asesinato indigno! Si estaba por medio el amor...
- EMMA ¡Laura! ¿Eres capaz de pensar que la italiana hizo bien?
- LAURA Yo no digo tanto... Digo que sin estar enamorado no pueden juzgarse las cosas del amor... Hasta Clara dice que el amor es ciego; y el libro aquel, ¿te acuerdas?, decía que el amor era aun más fuerte que la muerte.
- PEDRO ¿Qué, señorita?
- EMMA Calla. No quiero oírte hablar así. Estás envenenada por las cosas que lees. Si no te quisiera tanto y no supiera que en el fondo eres una chiquilla, te denunciaba a la directora... No seas así, Laura; tú sabes que te quiero como a una hermana...
- LAURA (Arreglando nerviosamente las flores sobre la mesa. No, si yo no he querido decir...
- EMMA Pero usted, señor Pedro, ante ese crimen, ¿qué hizo? ¿Denunció a la culpable?
- LAURA ¿Denunció usted a los culpables, señor Pedro?
- PEDRO Yo, señoritas, verán ustedes... (La Directora ha aparecido en el rellano de la escalerilla que lleva a las habitaciones interiores y desde allí interrumpe la conversación.)
- DIRECTO. Ah, no; eso sí que no... ¡El señor Pedro de palique con las alumnas! No es posible.
- PEDRO Señora, fué que...
- DIRECTO. Volviéndome a Laura más loca con sus historias de los Alpes, que son pura farsa... Jardinero, a su jardín... Sin replicar. (El señor Pedro sale lentamente por el fondo.)
- LAURA ¡Pobre señor Pedro!
- DIRECTO. Si no fuera tan viejecito y tan respetuo-

- so lo ponía en la calle. Sois vosotras las que le tiráis de la lengua... No ha sido tal guía en los Alpes, sino zapatero de viejo toda su vida... ya véis que diferencia... Qué, ¿no decís nada?
- EMMA ¿Qué quiere usted que digamos? Nos da pena que usted lo haya reñido por nosotras.
- DIRECTO. Tenéis cara de misterio... Ya se sabe; las parejitas dan estos resultados.
- EMMA No hacemos nada malo.
- DIRECTO. Sí, ya lo sé; pero no quiero secretitos ni versos... (Cogiendo el papel del bolsillo de Laura, en donde lo ha descubierto un momento antes.) Os conozco.
- LAURA Señora...
- DIRECTO. (Después de pasar la vista por el papel.) ¡De Alfredo de Musset! Lo único que nos faltaba... Primero, una novela d'Annunzio, y ahora esto... (Rompe el papel y se guarda los pedacitos.) ¿Quién te los ha dado? Es letra de hombre, de un alumno de la Chate-laine... Ya hablaré yo con el señor Viel, y si se repite la broma, se acabaron los bailes y las excursiones a la montaña.
- LAURA No, eso no; yo le prometo a usted...
- DIRECTO. (Más grave.) Si no hubiera muchachas tan locuelas como tú, en ningún pensionado suizo entrarían versos de Musset... Me obligarás a escribir a tu padre; ya tienes más que edad para ser seria y para dejar la pensión.
- EMMA Laura le ha prometido enmendarse, señora.
- DIRECTO. Bien. (Yendo hacia la puerta de la derecha.) No os dejo solas; no quiero parejitas. Ahora vendrán las otras y os ayudarán a concluir la mesa. (Sale por la derecha.)
- LAURA ¡Qué ganas tengo de irme de aquí, Emma!
- EMMA La señora tiene razón.
- LAURA La señora no tiene razón nunca; para mí

- al menos... Ya no soy una niña, y sueño con verme libre, con leer lo que me parezca, con comer lo que se me antoje. Estoy de lecturas morales hasta aquí, y de pan frito con queso... ¡Qué asco!
- EMMA Cállate, que vienen las otras.
LAURA Cállate, siempre cállate; como si hablar sinceramente fuera una falta. Se ahoga una aquí de hipocresía... Dame esas violetas.
- EMMA Toma... Sé formal.
(Entran por el fondo AMELIA, CLARA, SOFÍA, MATILDE, JULIA y EVA. Clara es rubia y angulosa; Todas visten, como Laura y Emma, con uniformes.)
AMELIA ¡Pero si ya habéis puesto hasta las flores!
- SOFÍA La señora dijo que nos necesitábais.
LAURA La señora os manda de espías.
CLARA La directora es incapaz de ofendernos.
AMELIA Tú sabes cómo es Laura.
MATILDE No riñais.
LAURA Por mi parte... Pero lo cierto es que la señora os mandó porque no sé qué cosas terribles supone que Emma y yo hablamos.
- EMMA Figuraos...
MATILDE Siempre ha dicho que no le gustan las amigas íntimas.
- LAURA A la señora no le gusta nada que esté bien.
- EVA Pues... Es verdad.
JULIA ¡Tú!
CLARA ¡Oh!
SOFÍA Eres tremenda, Laura.
LAURA Aquí se llama tremenda a la que dice la verdad.
- CLARA Pues yo no pienso como tú.
LAURA Hija, afortunadamente... Tú has nacido en Filadelfia y yo en Milán.
- CLARA Música.
LAURA Sí, señorita sosa, señorita témpano; música, poesía, pasión...

- CLARA Locura, cabeza a pájaros.
LAURA Doy las gracias a su alteza la princesa del celuloide.
- CLARA ¡Laura!
LAURA ¡Clara!
CLARA Si no fuera por...
LAURA Te prevengo que sé boxear.
EVA Tiene gracia.
AMELIA ¿Habrá tontas?
EMMA Ea, ¿queréis callaros?
SOFÍA No seáis así.
MATILDE No se sabe si bromeais.
CLARA Claro que bromeamos.
LAURA Naturalmente.
EMMA Ya está lista la mesa; ¿qué hora es?
SOFÍA Las cinco.
AMELIA Pues Margarita y su marido ya podían ser más puntuales.
- LAURA ¿Te urgen?
AMELIA Lo digo por el te, que me gusta a las cinco en punto.
- LAURA Ya, y con muchas pastas.
EMMA Ahora es con Amelia... Vamos, Laura.
AMELIA Me gusta a las cinco, porque soy partidaria del orden. Lo tomaremos a las seis, y nos sentaremos a cenar en plena digestión; ya lo veréis.
- LAURA ¡Qué atrocidad! Pareces una vieja.
AMELIA Pues solo tengo diez y ocho años; algunos menos que tú.
- LAURA No me ofendo. Debe de ser sin duda por mi edad por lo que me encuentro tan mal en esta cárcel.
- CLARA ¿No le llama cárcel a la pensión?
EMMA Cosas tuyas.
EVA Pues... muy bien dicho.
MATILDE ¡Tú!
LAURA (Ya distraída y mirando al reloj.) No, la verdad es que Margarita y Eduardo...
CLARA El señor de Villegas, debías decir.
MATILDE O el marido de Margarita.

LAURA Yo le llamo por su nombre, porque no soy hipócrita como vosotras.

AMELIA Me gusta.

EMMA Hay que dejarla.

LAURA Y porque un hombre joven y guapo...

CLARA Eso no se puede decir.

LAURA ¿Por qué no? ¡Qué pudorosas sois las yankees!...

EMMA Laura, hoy estás rematada. (Suena el reloj.)

LAURA Las cinco y cuarto. Tranquilízate, Amelia, tomarás el te a las cinco y media. (Burlándose.) El excelentísimo señor de Villagas y su excelentísima señora esposa no pueden tardar. Y ya que a tu edad te permites tener estómago, un retraso tan pequeño no te lo echará a perder... Mira, puedes irte consolando con pan tostado.

AMELIA Tú no tienes estómago, ¿verdad?

LAURA Quiá, hija. ¡Qué he de tener yo esas cosas! A nuestros años no se tiene estómago todavía.

SOFÍA ¿Y qué se tiene entonces?

LAURA Se tiene corazón.

EMMA ¡Qué ocurrencia!

CLARA ¡Cuánto ingenio!

EVA ¡Muy bien! ¡Bravo!

JULIA ¡Tú!

MATILDE Hay que reírse contigo

LAURA Sí, reíos, reíos... Yo me entiendo.

EMMA Cuidado, que viene la directora.

LAURA Por mí... (La directora entra por la derecha.)

DIRECTO. ¿Regañabais?

CLARA Oh, no, señora.

MATILDE Hablábamos.

DIRECTO. Parece que hoy estamos un poco alborotadas. (Dirigiéndose a Laura, que hace ademán de retirarse en son de protesta.) Venga usted acá, señorita.

LAURA ¿Qué desea usted?

DIRECTO. (Afectuosa.) Acércate, cabecita loca. ¿Por qué huyes?

LAURA Yo no huía; iba al jardín, sencillamente. ¿Es que ya no se puede ir al jardín?

DIRECTO. Díscola, rebelde. Si yo no supiese que eres toda corazón...

CLARA Ella misma lo decía antes.

DIRECTO. (Siempre a Laura.) Pero ese tonito no me gusta; no quiero que me insubordines a las demás. No, no protestes... ¿No te ibas al jardín? Anda, pues. Ahora te lo mando, te lo suplico yo... (Laura sale malhumorada por la puerta del fondo.)

DIRECTO. Regañabais, ¿verdad?

AMELIA No, señora; pero como Laura es así...

DIRECTO. ¿Qué pasó? ¿Qué dijo?

EMMA No fué nada.

DIRECTO. Tú la defiendes, ya lo sé... (A Clara.) ¿Quieres decirme la verdad? No es una denuncia lo que te pido, sino un dato. Todas queremos a Laura, tanto vosotras como yo.

CLARA (Displicente.) Sí.

AMELIA (Idem.) Sí. (Casi simultáneamente.)

MATILDE Claro.

EVA Mucho.

EMMA Oh, sí, sí.

DIRECTO. Y es necesario que todas nos ayudemos. Ya sabéis que os trato como a personas mayores.

CLARA Sí, señora.

DIRECTO. Y que deseo que tengáis confianza en mí. Cuando entrasteis en la pensión, tú, Emma, hace seis años; tú, Sofía y tú Amelia, hace cinco...

AMELIA No, señora; yo sólo hace cuatro años y siete meses.

DIRECTO. Hija, eres la legalidad en persona... ¿Qué importan meses más, meses menos?

EMMA Como lo del té... Amelia lo ha de tomar a las cinco en punto.

SOFÍA Por eso discutió con Laura.

DIRECTO. Una por metódica y otra por desequilibrada... ¡Señor, que cada una de estas

cabecitas sea un mundo! En fin, más vale parecerse á un reloj, que anda bien, por supuesto, que a una veleta.

SOFÍA (A Amelia.) Te ha llamado reloj.

AMELIA Pero nó de repetición como tú.

DIRECTO. ¡Cuidado!... A ver. ¡Lo pronto que se enzarzan estas señoritas! Guardad silencio, así... Digo que vuestro concurso puede serme útil para completar la educación, la reforma del carácter de Laura. Ya no sois una niñas... Y vuelvo a lo de antes: Cuando entrasteis en la pensión... hace los años y los meses que haga, no vaya a venir Amelia con sus pesas y medidas, yo era vuestra madrecita; ahora que estáis próximas a abandonarme, quiero ser vuestra amiga, una amiga respetable, estas canas son mi privilegio, y, como amiga, os pido antecedentes acerca de Laura, de sus ideas, de sus lecturas, de... ¿cómo diré yo?... de sus cosas. Ella es un poco extravagante.

CLARA Muy extravagante.

DIRECTO. No, tampoco me gusta esa ojeriza que le tienes. Laura es un poquito extravagante, pero tú no dejas de ser un poquito de todo lo contrario. De tu sensatez y frialdad necesitaría algo ella, pero, vamos, que un poco de la travesura, de la gracia, del brío de Laura, no te vendrían a ti del todo mal.

CLARA No los quiero, señora.

DIRECTO. Sería inútil que lo quisieras; son dones de Dios y no se compran. Ea, quedamos en que Laura es así y en que está muy bien confirmada: «Cabecita loca». Pues bien, yo os ruego, os pido que no seáis cómplices de Laura en sus locuras. Contradecidla en sus ideas novelescas; aconsejadle calma, prudencia. No habléis con ella del porvenir, de proyectos de boda,

de nada que la pueda exaltar; Laura es un corazón descosido de inflamarse.

EMMA Sí, eso es.

DIRECTO. Tú eres su aliada; si sabe algo de esta conversación será por ti.

CLARA Pues lo sabrá.

EMMA Pues no lo sabrá. No soy yo la que tengo esa costumbre; recuérdalo bien.

CLARA Ya.

EVA ¡Muy bien dicho!

JULIA ¡Tú!

DIRECTO. ¡Niñas!...

EMMA Yo soy la primera en pensar lo mismo que la señora. ¡De cuántas locuras no disuado a Laura!

SOFÍA Ya pareció aquello.

DIRECTO. Me asustas. ¿A qué locuras te refieres?

EMMA Oh, nada, nada.

DIRECTO. No, habla; es tu deber. Sería muy doloroso para todas que Laura diera qué decir. Dime si debo escribir a su padre. Si no fuera atendiendo a que Laura no tiene madre y a que el señor Martini, por su profesión, anda siempre viajando, de hotel en hotel, Laura no estaría ya con nosotras. Pero si no es juiciosa...

EMMA Si es que me he explicado mal, señora...

solo son, ¿cómo diría yo? locuras de pensamiento, escribir su vida... ¡qué sé yo!

CLARA Mandar al jardinero cada dos días a comprar éter.

EMMA No es así; no lo crea usted... Es que la pobre no podía dormir con la neuralgia.

No es verdad.

EVA Pues sí.

JULIA ¿Y el paquete de cigarrillos?

AMELIA Una broma. Como la queréis tan mal...

EMMA Yo...

CLARA Yo...

DIRECTO. ¡Silencio! Yo arreglaré esas menudencias. Hay que corregir a cada una según su carácter. Laura es demasiado vibrante y por eso exige más cuidado. Pero no me

- gusta ver en vosotras el deseo de fijarse únicamente en sus defectos. Nadie es perfecto... Y al fin sus faltas son de esas que con buena dirección se convierten en cualidades...
- AMELIA ¿Son ya las cinco y media?
DIRECTO. Casi. Margarita y el señor Villegas van a venir. No necesito recomendaros discreción. Quiero que os familiaricéis con la vida de sociedad. Los conciertos, bailes y veladas que aquí se organizan no tienen otro propósito.
- SOFÍA Hace mucho que no vamos a ningún concierto.
- MATILDE Yo prefiero la ópera: *Manón*.
EVA Yo, *Carmen*... El torador.
JULIA ¡Tú!
CLARA Y yo la montaña... ¿Verdad que iremos pronto al Salève?
- DIRECTO. Tú también eres una soñadora a tu modo.
CLARA Es que me gusta el alpinismo, pero sin novelería.
- DIRECTO. Bueno. Si no quieres admitir un poco de poesía en los deportes... Estamos esperando una puesta de sol que lo merezca. Iremos en el funicular hasta Etrembières, y después a pie.
- CLARA ¡Bravo!
AMELIA Merendaremos en el hotel de la señora Martín, ¿no?
- SOFÍA ¿Y quiénes vendrán con nosotras, señora?
- DIRECTO. Los alumnos del señor Viel, Pedro el jardinero y Margarita y su marido, seguramente. (Suenan una campana.) Oyes, Matilde, acércate a la verja a ver si son ellos.
- MATILDE Sí, tienen que ser.
EVA Vamos contigo. (Matilde, Eva y Julia salen por el fondo.)
- SOFÍA ¡Qué feliz debe ser Margarita!
CLARA Lo parece, por lo menos.

- EMMA Y lo es... Ha realizado sus sueños, como dice Laura.
- DIRECTO. Vosotras os casaréis también... Tú en cuanto salgas de la pensión, Clara.
- AMELIA Pero como sólo conoce a su novio por retrato...
- CLARA Mi matrimonio es cosa de mis padres.
DIRECTO. Sea como sea, que por todas partes puede llegarse a la dicha, lo que deseo es que todas podáis darme la prueba de cariño que me ha dado Margarita, viniendo a pasar a Ginebra parte de su luna de miel. Yo le prometo que haré lo mismo.
- SOFÍA Y yo. ¡Qué encanto ver a Margarita por las tardes entre nosotras, con su delantal, con su labor, en su sitio de antes... como si no se hubiera casado!
- EMMA Es que parece mentira.
SOFÍA Yo no podré venir probablemente... Mi prometido quiere que hagamos el viaje de novios al Polo Sur.
CLARA Y si yo me caso no será para recordar el colegio y jugar como Margarita a que no se ha casado. Cada cosa en su punto. (Avanzando hacia el jardín.) Ya vienen.
- MATILDE ¡Al fin! Voy por el té. ¡Cree que no venían nunca! (Amelia sale con cómica precipitación por la derecha y entran por el fondo la DIRECTORA, MARGARITA y EDUARDO. Eduardo es joven y apuesto. Margarita viste un elegante traje de calle y un abrigo de verano.)
- AMELIA Hijas, qué tiempo más hermoso. Vengo sudando.
- MARGA. Pues no te quites en seguida el abrigo.
DIRECTO. ¿Y qué tal va, señoritas?
EDUARDO Muy bien.
CLARA Ya ve usted... ¿Y ustedes?
EMMA Cada día más contentos de la vecindad.
EDUARDO Gracias. Es usted muy amable.
DIRECTO. ¿Y Laura?
MARGA. En el jardín.
SOFÍA

- MARGA. ¡Qué ingrata! Nos ha visto entrar y no viene.
- EMMA (A la Directora.) ¿Voy a llamarla?
- DIRECTO. Naturalmente. Ve.
(EMMA sale por el fondo y AMELIA entra por la derecha con una gran tetera sobre una bandeja de laca.)
- DIRECTO. Sentémonos. Amelia va a ofrecernos el té.
- SOFÍA Así tardará más en tomarlo ella misma, la pobre.
- DIRECTO. Sofía, ¿qué es eso?
- AMELIA Déjela usted, señora; no me hacen efecto sus ironías.
- MARGA. Pero ¿seguís así?
- EDUARDO Son bromas...
- CLARA Sí, aquí bromeamos tan a menudo...
- DIRECTO. Señor Villegas, no hay modo de impedir que estas señoritas descubran un poco de su carácter. Sofía es burlona, Amelia impaciente, Clara inflexible, Laura...
(LAURA, desde la puerta, del brazo de EMMA, con aire perfectamente mundano.)
- LAURA ¿Quiere usted que tarde un poco en entrar para que pueda decir sin reparo el calificativo que me pertenece?
- MARGA. Entra, mujer.
- LAURA Hola, hija... Buenas tardes, señor de Villegas...
- EDUARDO Buenas tardés.
- MARGA. Siéntate aquí. (Se han sentado todos y Amelia va sirviendo el té.)
- AMELIA Señora... Margarita... Señor Villegas...
- EDUARDO Muchas gracias.
- CLARA A mí menos cargado.
- SOFÍA Aquí tienes agua.
- LAURA Hace calor. Yo hubiera preferido un helado.
- EDUARDO Se puede mandar a buscar. ¿Verdad, señora?
- DIRECTO. No haga usted caso; en cuanto estuviera aquí el helado, Laura preferiría el té. Preferiere siempre lo que no tiene.
- LAURA ¿No lo decía yo? Como a la señora no le

- bastaba un adjetivo para retratarme, ha empleado una definición. Ya me conoce usted, señor Villegas.
- DIRECTO. Calla... ¿Tomáis té en España, Margarita?
- MARGA. Sí, no he perdido la costumbre. Ya hay muchas casas donde a las cinco se sirve habitualmente; y algunas donde hay que pedirlo hasta en francés.
- EDUARDO Es que a Margarita le gusta lucir lo aprendido, pero si se pide en español...
- MARGA. También lo sirven, claro, pero...
- DIRECTO. (Siempre dulcificando.) ¿Y cómo tomáis el té en España?
- EDUARDO El té es allí una cosa más bien medicinal. Se toma con aguardiente, sin pan ni manteca...
- LAURA Amelia no irá nunca a España.
- DIRECTO. Pchst...
- EDUARDO ¿Y a usted le gustaría ir a España, señorita?
- LAURA Sí. En cuanto salga de la pensión iré... Si ustedes están en Madrid me enseñarán cuanto haya que ver y me llevarán a una corrida de toros con una mantilla que me prestará Margarita, y muchos claveles.
- EDUARDO Que yo tendré el gusto de ofrecerle.
- LAURA Ya me veo con mi mantilla colocada así, y los claveles...
- CLARA Estarás muy en carácter.
- EMMA Pues estará muy bien.
- EDUARDO Yo no sé si puede decirse que estará usted encantadora. (Una corta pausa.)
- DIRECTO. ¿Están ustedes contentos en su casita?
- MARGA. ¡Qué buena ha sido usted alquilándomela! Era mi ideal. Nada más que cruzar la calle y ya estoy aquí.
- EDUARDO Ayer, desde la ventana, las veía yo en la clase de labores.
- DIRECTO. Por cierto que Sofía ha terminado ya su chaleco.
- SOFÍA No ha quedado sino mediano.

- MARGA. ¿Y el camino de mesa de Amelia?
AMELIA. Pues no se acaba nunca.
EMMA. Tiene más estaciones que el funicular,
MARGA. ¿Y tú, no haces nada, Laura?
LAURA. Ya sabes que mi fuerte no es el bordado.
Te pintaré algo sobre seda o terciopelo.
Con el pincel se improvisa, salen cosas...
Y si cae una mancha se la convierte en
una rama o en una flor...
CLARA. Con la aguja hay que tener más cuidado,
más paciencia...
AMELIA. No hay nada como un bordado bien he-
cho.
LAURA. Bien hecho, sí, pero comprado hecho. Yo
me gastaría una fortuna en encajes. Clu-
ny, Venecia, Valenciennes, Malta, Mali-
nas. ¡Me haría unas batas, unas salidas
de teatro!
DIRECTO. ¡Laura!
LAURA. ¿Es que las salidas de teatro son peores
que las fundas de almohadas o que los
pañuelos?
DIRECTO. (Levantándose.) Daremos una vuelta por el
jardín.
EDUARDO. No hace nada de frío.
DIRECTO. Las menores juegan todavía. Pueden us-
tedes ir a recoger el rebaño. Yo...
MARGA. Eso es.
EDUARDO. ¿Y no hay ovejitas descarriadas?
DIRECTO. No, señor. Todas son buenas y obedien-
tes. (Mirando a Laura.) Sí, alguna, a prime-
ra vista, parece un poco rebelde... Pue-
den ir, yo los alcanzo en seguida.
MARGA. ¡Qué gusto ver a las pequeñas! ¿Cuán-
tas somos ahora entre todas?
AMELIA. ¿Somos? Querrás decir sois.
DIRECTO. Amelia, te ruego que no puntualices de
ese modo. Margarita sigue siendo nuestra.
¿Verdad que usted lo permite, señor Vi-
llegas?
EDUARDO. Al contrario. Son cosas compatibles.
LAURA. Pues contigo somos quince las ovejitas.

- CLARA. Pero sólo catorce duermen en el aprisco.
¡Schoking!
AMELIA. Si eso no es puntualizar...
SOFÍA. ¿Vienes, Margarita?
MATILDE. VAMOS. (Salen. Margarita va entre Matilde y Sofía
que se han cogido de sus brazos. Eduardo, detrás de
ellas, las mira sonriente, y Emma va junto a él. Laura
iba a seguirlos, pero la Directora le ha hecho un gesto
para que se quede.)
DIRECTO. Me veo obligada a reprenderte.
LAURA. ¿Qué he hecho de malo?
DIRECTO. Hay ciertas expresiones impropias de una
señorita.
LAURA. ¡Ah!... ¿Por lo del aprisco?
DIRECTO. No me ha parecido correcto.
LAURA. Pero, señora, ¿es que Margarita pasa to-
davía las noches en su cuarto del colegio?
DIRECTO. La pregunta pasa ya de los límites... No,
vamos... Es demasiado. ¿Qué habrá dicho
el señor Villegas? ¿Qué pensará de esta
casa, de ti?
LAURA. Nada... No piensa más que en Margarita.
DIRECTO. Parece que te propusiste escandalizarle.
LAURA. ¿Es que se asusta por tan poco?
DIRECTO. Lo de ovejitas descarriadas iba por ti.
Ahí tienes la prueba de su censura.
LAURA. Bien. No volveré a hablar una palabra.
DIRECTO. Casi sería mejor. ¡Ah, si conocieras los
términos medios! Recoge esas flores para
que sirvan para mañana y ve después al
jardín, y mucho cuidado. Yo tengo que
arreglar un pequeño conflicto en la co-
cina.
LAURA. Descuide usted. (La Directora sube la escalerita
y desaparece por la puerta. Laura empieza a recoger las
flores, pero se cansa al momento, las tira sobre la mesa
de nuevo y se sienta pensativa. Al cabo de un instante,
como si sacudiera un ensueño se encoge de hombros y
murmura.) ¡Bah! (Va a levantarse y, dando un
grito de sorpresa recoge de sobre la silla un objeto: es
la petaca que Eduardo ha olvidado. Laura la examina
con lenta curiosidad, mira después a todos lados y,

- decidida, saca un pitillo que enciende en la llama de la tetera y fuma.) ¡ Ah, qué bien !... ¡ Tabaco de Egipto !
- Ha atardecido. Se oyen los cantos de las niñas que juegan fuera. EDUARDO entra por la puerta del fondo.
- EDUARDO Laura, usted perdone...
- LAURA (Sobresaltada, ocultando el cigarro y sin atreverse a hablar para no dejar escapar la bocanada de humo. ¡ Hum !...)
- EDUARDO Usted perdone... He olvidado mi petaca. La saqué antes maquinalmente, pero comprendí que no debía fumar por si les molestaba el humo... y se conoce que en lugar de volverla al bolsillo fui y la dejé caer... Aquí está. (Laura no puede resistir más y rompe a toser, dejando salir el humo por la nariz y por la boca.) ¿ Qué tiene usted ?
- LAURA Nada... No es nada.
- EDUARDO (Riendo.) Pero... ¡ Cómo sale el humo !... ¿ Quiere usted otro ?
- LAURA (Sin desconcertarse, mostrando el cigarrillo que tenía escondido.) No, vea usted.
- EDUARDO (En camarada.) Entonces... ¿ Enciendo yo también ?
- LAURA (Ofreciéndole lumbré.) ¿ Por qué no ? ¡ Tendría usted unas ganas de fumar !
- EDUARDO Una tortura. Yo por usted, por Emma, por la misma señorita Blanchet, me hubiera atrevido ; pero esa yankee... ¿ Cómo se llama ?
- LAURA Clara, princesa del celuloide.
- EDUARDO Pues la princesa y Amelia son dos muchachas que tienen la virtud de azararme.
- LAURA Lo comprendo. Son de lo más antipático...
- EDUARDO ¿ Eran amigas de Margarita ?
- LAURA No.
- EDUARDO ¿Cuál era su mejor amiga ?
- LAURA ¿ Quién desearía usted que lo hubiera sido ?... ¿ Emma ?
- EDUARDO ¿ Por qué Emma ?
- LAURA Parece que jugamos a las preguntas... Es

- que Emma parece nacida para escuchar secretos.
- EDUARDO Y Margarita le contaba los suyos.
- LAURA Como Emma es tan buena y tan... Margarita sólo le contaba algunos, la mitad. Y los otros...
- EDUARDO Ah, los otros me los contaba a mí.
- LAURA De modo ¿ que usted era la confidente de los secretos graves ?... ¿ Y cuáles eran ?
- EDUARDO No sé ya... Tonterías de ustedes.
- LAURA Gracias.
- EDUARDO Sí, pero esas tonterías que... (De súbito intranquila.) Vuelva usted al jardín en seguida... No vayan a sospechar...
- EDUARDO No, afortunadamente dije que se me había olvidado el tabaco, y Pedro les está contando una historia que escuchan todas embobadas, hasta Clara.
- LAURA No se fie ; esa...
- EDUARDO Pero dígame usted, Laura... ¡ Es tan interesante ! ¿ Cuáles eran esas tonterías, esos secretos ?...
- LAURA (Lanzando una bocanada de humo.) ¡ Bah !... Las cartas de usted.
- EDUARDO Las que no decomisaba Mademoiselle Blanchet.
- LAURA Como usted era el prometido de Margarita, y la Directora contaba con el consentimiento de sus padres...
- EDUARDO Por eso nunca me he explicado el decomiso... Además, la Directora interceptaba las cartas más inocentes, lo he visto ahora revisando los papeles de Margarita.
- LAURA En primer lugar, la directora no tiene del corazón una idea muy allá... Claro que se figura... pero tiene cuarenta años y como soltera y protestante... Además, lee con mucha dificultad el idioma de usted.
- EDUARDO Entonces...
- LAURA Pues como le parecía que usted escribía demasiado, decomisaba una carta sí y otra no.

- EDUARDO (Riéndose.) Y siempre interceptaba la que escribía los jueves... la más tonta.
- LAURA Tiene gracia... ¿De modo que usted es tonto los jueves?
- EDUARDO Puede... Los domingos, que es cuando escribía la otra carta, soy más soñador. ¡Se aburre uno tanto los domingos!
- LAURA Aquí en la pensión siempre es domingo.
- EDUARDO ¿Tanto se aburre usted?
- LAURA Ponga usted: «Tantísimo»... Así que me paso soñando la semana entera.
- EDUARDO ¡Y que usted debe de tener una imaginación!
- LAURA ¡Psch!... Me llaman *Cabecita loca*.
- EDUARDO Leerá usted novelas.
- LAURA Como no entran en la pensión sino de contrabando, las invento, es más cómodo.
- EDUARDO Y más bonito... Porque a usted no se le puede ocurrir nada que no sea bonito.
- LAURA ¿Usted qué sabe?
- EDUARDO Basta verla.
- LAURA Margarita es encantadora.
- EDUARDO También usted.
- LAURA Pero no tanto. No será usted capaz de decir que sí... (Laura espera que Eduardo conteste, y como éste guarda silencio, añade.) ¡También usted tiene una imaginación!... ¡Qué cosas escribía a Margarita!
- EDUARDO ¡Ah!
- LAURA Ella me las traducía. Creía usted escribir para una y leíamos dos.
- EDUARDO ¡Qué cartas más dichosas!
- LAURA A veces yo me figuraba que eran sólo para mí... ¡Qué tonta! Y como no le conocía aún, no había ningún mal en semejante hipótesis... ¡Huy, hipótesis! qué mal suena... Era un poco de ideal y de ensueño... ¿Por qué las cosas delicadas no han de ser para todo el mundo?... Soy un poco extraña, ¿verdad? Todo lo que es bello, lo que es dulce, lo que es grande, me parece mío. Me hago la ilusión, y me lo apropio.

- ¿Me comprende usted? Veo, por ejemplo, una de esas puestas de sol admirables que hay en los Alpes, y mis ojos abarcan de tal modo el paisaje y mi alma siente el crepúsculo con una ansiedad y una fuerza, que parece que el sol se pone y que el cielo se enciende para que Laura, *Cabecita loca*, yo sola, experimente algo: un placer, una melancolía... ¡Huy, qué tonta, pero qué tonta me pongo! ¡Qué loca soy! (Cautivado.) ¿Loca?... Es usted un encanto... Si yo hubiera adivinado que mis cartas...
- EDUARDO
- CLARA (Entra Clara por el fondo, sigilosamente.) ¡Ah!...
- LAURA (Tirando el cigarrillo.) ¡Clara!
- EDUARDO Me ha costado trabajo encontrar mi petaca. Gracias a Laura...
- CLARA Sí, ya veo; ya... (Mirando el cigarrillo que humea sobre la alfombra.)
- LAURA Vamos, señor Villegas.
- EDUARDO Cuando usted quiera.
- (Laura sale, seguida de Eduardo, después de mirar desdeñosamente a Clara. En cuanto se encuentra sola, Clara se precipita a recoger el cigarrillo, y casi al mismo tiempo aparece la DIRECTORA en la puerta de la escalerilla.)
- CLARA Es sencillamente vergonzoso.
- DIRECTO. ¿Qué haces? ¿Eres tú, Clara?
- CLARA Sí, señora.
- DIRECTO. ¿Qué hay? ¿Qué tienes?
- CLARA Señora, yo no sé si debo...
- DIRECTO. Qué trágica te pones, mujer... ¿Qué ocurre?
- CLARA Laura...
- DIRECTO. Sois como el ratón y el gato; no os podéis ver. (Mientras hablan, la Directora ha descendido a la escena.)
- CLARA Lo que pasa es vergonzoso, señora.
- DIRECTO. A ver... Me asustas.
- CLARA Laura estaba aquí, hablando a solas con el señor Villegas y... fumando.

- DIRECTO. ¿Tú no sabes lo que te dices? ¿Fumando Laura?
- CLARA (Mostrando el cigarrillo.) Mire usted.
- DIRECTO. Es grave, muy grave. ¿Estás segura?
- CLARA Los he sorprendido... El señor Villegas salió del jardín diciendo que había olvidado su petaca, y vino aquí... Y como pasaron diez minutos sin que volviera, yo... sospeché, vine y...
- DIRECTO. Hiciste mal.
- CLARA Y Laura estaba hablando muy cerca del señor Villegas, y tenía un cigarro en la boca, ¡como un soldado! Es una vergüenza.
- DIRECTO. No es posible, tú no has visto bien, Clara.
- CLARA Sí, señora, es la verdad; bien sabe usted que no sé mentir. El señor Villegas dió el pretexto de la petaca para...
- DIRECTO. No, eso no. Lo que insinúas es casi una calumnia, y quiero ahorrarte la vergüenza de que la concluyas de decir. Mucho ojo, Clara. (Tranquilizándose de repente.) Ah, ahora que recuerdo, pues sí que es verdad... El señor Villegas sacó la petaca cuando tomábamos el té, y ante una ligerísima sonrisa mía, se contuvo, y, me parece verlo, dejó a un lado la petaca en lugar de guardarla... ¿Ves cómo has ido demasiado de prisa, cómo has juzgado mal? No podía haber pretexto alguno.
- CLARA Será lo que usted quiera, señora.
- DIRECTO. Tu empeño en denigrar a Laura me va pareciendo excesivo. Cualquiera diría que la envidias.
- CLARA ¿Yo?
- DIRECTO. Ella sería incapaz de hablar de ti como tú hablas de ella.
- CLARA No me importaría... Lo único que yo sostengo es que hablaban muy juntos y que cuando yo entré ya llevaban diez minutos largos.
- DIRECTO. Pongamos cinco. ¿Y qué? El señor Ville-

- gas es un caballero y Laura una señorita intachable. Sois futuras mujeres de sociedad, y ser mundana no es una falta sino un mérito. Menos gazmoñería, Clara.
- CLARA Yo le repito a usted que fumaba. No me crea si no quiere.
- DIRECTO. Sí, pongo tu denuncia en cuarentena, tuya es la culpa... Yo lo averiguaré y si fuera cierto no dejaré de decir a Laura...
- CLARA Le aseguro que...
- DIRECTO. Calla... Vuelven las niñas... Yo pondré las cosas en su punto.
- (Entran con barullo las niñas pequeñas que jugaban en el jardín, conducidas por la SEÑORITA JUANA, MARGARITA y EDUARDO vienen con ellas.)
- JUANA Ea, orden... Bastante habéis enredado en el jardín.
- LUISA Era esta.
- MAGDA. Era ella, señorita Juana.
- MARGA. Nosotros nos vamos.
- LAURA (En voz baja.) Dichosa tú.
- EDUARDO Es la hora del estudio; estorbamos.
- DIRECTO. No, pero como las niñas han de repasar sus lecciones... (A la señorita Juana.) Conduzca usted a las pequeñas.
- JUANA Vamos, nenas.
- MARGA (Acariciando a algunas mientras salen.) Adiós, monisimas... Cuidado con mancharos los dedos de tinta.
- EDUARDO Adiós, pequeñas.
- JUANA ¡Niñas!
- LUISA Si es Magdalena.
- MAGDA. Eres tú, eres tú...
- JUANA Vamos ¡Silencio!
- CLARA Yo voy a ayudar a la señorita. Hasta mañana.
- MARGA. Adiós.
- EDUARDO Buenas tardes. (Las niñas han salido por la puerta de la derecha. Clara las sigue.)
- MARGA. Pobres pequeñas. Les espera la geografía, el inglés, la música... ¡Lo que estudiamos!

- DIRECTO. ¡ Lo que no aprendéis !
EDUARDO (A Margarita.) Vámonos, tú... No sabe irse cuando viene, señora.
- DIRECTO. Entonces, adiós.
MARGA. Hasta mañana.
EDUARDO Hasta la vista. Nuestra excursión al Saléve es el jueves, ¿no es eso?
- DIRECTO. Sí, creo que sí... El sol tiene la palabra.
EDUARDO Habrá sol.
- MARGA. (Aparte a Laura.) Te encuentro desanimada, Laura. ¿Qué te pasa?
LAURA Me aburro. El mejor día tomo el tren y... (Entra EMMA por el fondo.)
EMMA Creíamos que os habíais ido ya.
EDUARDO Nos vamos, señorita. Pero antes arreglábamos lo de la excursión al Saléve.
EMMA No deje usted de llevar su «Kodack». Haremos grupos.
- MARGA. (A Laura.) ¿Escribes todavía tus memorias?
LAURA La señorita Juana me las sorprendió y me las hizo trizas.
MARGA. Empiézalas de nuevo. ¿Tienes asuntos?
LAURA Hoy sí. (Rectificándose.) Vamos, hoy se me ocurren algunas cosas.
MARGA. Pues no seas tonta. (Viendo a los otros que ya se despiden.) Adiós.
LAURA Adiós.
EDUARDO Adiós, señoritas.
DIRECTO. Les acompaño hasta la reja... (A Laura y a Emma.) Vosotras podéis quedaros aquí. (Margarita, Eduardo y la Directora salen por el fondo. En seguida Emma se acerca a Laura.)
EMMA Laura, loca, ¿qué has hecho?
LAURA Nada.
EMMA Clara lo ha dicho.
LAURA Al fin tendré que darle un golpe a esa asquerosa.
EMMA Pareces un hombre... un hombre loco. Mira que fumar delante del marido de Margarita.
LAURA Y poco bien... ¡ Tabaco de Egipto !

- EMMA ¿Y lo confiesas? Prepárate cuando venga la Directora; verás cómo te besa para ver si hueles a tabaco.
LAURA ¿Y a mí qué?...
EMMA Ya sé que no te importa el reñazo. Pero si te castiga a no ir el jueves a la excursión...
LAURA (Con repentino interés.) Ah, eso sí que no... Espera. (Acércase a Emma después de haber echado el aliento varias veces contra una de las paredes.) ¿Huelo a tabaco?
EMMA ¡ Puf ! Como un inglés.
LAURA Pues verás. Corro en un momento a enjuagarme la boca.
EMMA Ve de prisa. (Laura sube de prisa la escalerilla, y antes de que llegue arriba, entra la DIRECTORA por el fondo.)
DIRECTO. ¿Dónde está Laura?
EMMA Ahí la tiene usted.
DIRECTO. Ven, que te dé un beso, mujer.
LAURA Vuelvo en seguida, es sólo un minuto.
DIRECTO. (Subiendo la escalera detrás de Laura.) Oye; oye... (Laura, riendo a carcajadas, desaparece, perseguida por la Directora, mientras que Emma dice con sorna.)
EMMA Sí, sí... ¡ Como no la pilles ! (El telón cae rápidamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO